

ni la valió ser firme y valerosa,
tal que al pie de la cruz que asió María,
llegó con Cristo y se elevó gloriosa.

Mas rompa ya la obscura alegoría;
y revele que son esos amantes
la pobreza y Francisco, la voz mía.

Su concordia, sus plácidos semblantes,
de santos pensamientos puro dardo
eran, y sus miradas inspirantes.

Por eso el pie se descalzó Bernardo¹⁰
el primero, y tras paz tan venturosa
corrió, y corriendo, aun se juzgó muy tardo.

¡Oh ignorada riqueza! ¡oh perla hermosa!
Egidio se descalza, en pos Silvestro,
y al esposo se van¹¹. ¡Tal es la esposa!

Y caminan tal padre y tal maestro
con la mujer¹², y con la grey sencilla,
ya ceñida del mísero cabestro.

Ni sonrojo ó temor su frente humilla
porque de Pedro Bernardón es hijo¹³,
ni por mostrarse feo á maravilla¹⁴.

Mas su designio trabajoso dijo
regiamente á Inocencio, y de su celo
primer sello á su regla tuvo fijo¹⁵.

Quando la pobrecilla gente el suelo
pobló tras su virtud (tan infinita
que cantarla mejor fuera en el cielo),

con segunda corona fué bendita
por Honorio¹⁶, que el divo amparo ha visto,
la voluntad del santo Archimandrita.

Y cuando, del martirio para aquisto¹⁷,
á la presencia del Soldán superba
predicó de los Santos y de Cristo;

porque la conversión de sobra acerba
halló la gente, por no verse ocioso,
tornó al regar de la italiana hierba¹⁸.

Entre Arno y Tibre, en sitio peñascoso¹⁹,
Jesús el sello le imprimió divino,
que dos años su cuerpo ornó glorioso.

Y cuando el que á tan próspero destino
le trajo, quiso alzarle á los postreros
premios que por humilde á ganar vino,

á sus hermanos, justos herederos
de la tan cara esposa, dió la cura,
y amarla les mandó siempre sinceros.

Y del seno de aquélla, el alma pura
quiso lanzarse á la región natía,
y al cuerpo se la dió por sepultura²⁰.

Ora piensa en cuál fué quien merecía
ser su colega en mantener la barca
de Pedro, en alta mar, por recta vía.

Y ese fué tras de aquel nuestro Patriarca²¹;
porque el que asista bien á donde él llame,
no mala carga en su bodega embarca.

Mas ya por pasto fresco se relame
sólo su grey, y en honda y varia umbría
mucho será que al fin no se derrame.

Y cuanto más lejano se desvía,
disperso y vagabundo su rebaño,
vuelve al redil con ubre más vacía.

Cierto, hay ovejas que temiendo el daño
se estrechan al pastor: mas son tan pocas,
que las puedes vestir con poco paño.

Ora si el fondo del discurso tocas;
si á mis ecos pusiste atento oído;
si en tu memoria lo que dije avocas,

en parte tu querer será cumplido;
pues verás de cuál árbol saco esqueje,
y el que gasta correa habrá entendido
*do engorda bien quien vanidades deje*²⁹.—

CANTO XII

Así que el Santo Doctor acaba de pronunciar la última palabra, otra corona de espíritus circunda á la primera. San Buenaventura, que era uno de ellos, se dirige á DANTE, y en agradecimiento al elogio hecho de su Patriarca san Francisco, hace el otro de santo Domingo; y explica luego quiénes son los demás que gozan bienaventuranza en aquel planeta.

En el instante que en silencio queda
tras la postrer palabra el Doctor Santo,
vueltas comienza á dar la beata rueda.

Y así que la primera corrió un tanto,
de otro círculo nuevo fué cercada
que adunó giro á giro y canto á canto.

La voz de aquellos tubos delicada
á la de Musa vence y de Sirena,
cuanto á la luz motriz la reflejada.

Cual dos arcos que blanda nube amena,
de igual color y paralelos junta,
cuando algo Juno á su sirvienta ordena¹,

del de adentro naciendo el que alto apunta
como la voz de la que fué extinguida
cual es la niebla por el sol consunta,

siendo nuncio al mortal de la ofrecida
á Noé por su Dios palabra tierna
de no ser más la tierra sumergida²,

la doble así guirnalda sempiterna
giraba en torno de las santas rosas,
correspondiendo á la interior la externa.

Cuando el canto de fiesta y las gaudiosas
danzas, y el mutuamente iluminarse,
unas luces con otras venturosas

suspendieron, queriendo á una pasarse,
cual dos ojos que en pos de un querer solo
los ves al par abrirse, al par cerrarse,

de una luz nueva en medio al alveolo
salió una voz, que en dirigirme á ella,
me hizo aguja imitar que vuelve al polo.

Y comenzó:—El amor que en mí destella,
del otro jefe á discurrir me induce
por quien mención del mío se hace bella³.

De uno el recuerdo al otro te conduce;
y pues la misma hicieron lid preclara,
junta así de los dos la gloria luce.

La falange de Cristo, que tan cara
fué de rehacer, detrás de su bandera
marchaba lenta, recelosa y clara⁴;

cuando el emperador que siempre impera
á la grey proveyó menesterosa,
por gracia y no merced que mereciera.

Y cual se ha dicho, socorrió á su esposa
con dos campeones, cuyo ejemplo admira
y atrae á sí la gente vagarosa.

En la región de donde dulce aspira⁵
céfiro á nos, abriendo la hoja nueva
de que la Europa revestir se mira:

no lejos de do el mar los tumbos prueba
tras los cuales el sol que estuvo brilla
su hoguera á sepultar á veces lleva⁶,

Caleruega se asienta, feliz villa,
bajo la protección del grande escudo
donde monta un león y otro se humilla⁷.

Nació allí dentro el que en amante nudo
se unió á la fe cristiana, santo atleta,
blando á su gente, á la enemiga rudo.

Y en cuanto fué animado, tan completa
vivaz virtud sus órganos mostraron,
que en el vientre á su madre hizo prefeta⁸.

Cuando los esponsales consumaron
él y la fe, cabe la sacra fuente
donde de mutua gracia se dotaron⁹,

la que el asenso dió por el naciente¹⁰,
vió en sueño el rico fruto que debiera
salir de él mismo y su futura gente.

Y porque el nombre suyo propio fuera,
bajó un ángel de arriba á nominarle
con el del dueño de quien todo él era¹¹.

Domingo se llamó; y he de mostrarle
como cultivador que eligió *Cristo*;
á servir en su huerto y á ayudarle.

Y bien fué ayuda y familiar de *Cristo*;
que el primo amor que en él fué manifiesto,
fué el del primer consejo que dió *Cristo*.

Despierto, sin chistar, de hinojos puesto,
¡cuántas veces hallóle su nutrice,
cual si exclamara: *Pues si vine á esto!*

¡Oh padre suyo á la verdad *Felice!*
¡Oh dulce madre suya, en verdad *Juana*¹²,
si interpreta el vocablo lo que dice!

No como aquel que por el mundo afana
y á Tadeo y el de Hostia lee sin freno,
sino del maná santo con la gana¹³,

doctor en breve fué de ciencia lleno,
tal que la vid á recorrer se puso
que pronto emblanca¹⁴ si el cultor no es bueno.

Y á la silla, que al pobre se dispuso
menos benigna á ser (no por su esencia,
sino de quien la ocupa por abuso),

ni dispensa usuraria, ni la herencia
de alto cargo, ni décimas demanda
quæ sunt pauperum Dei, sino licencia

contra el mundo á luchar que se desbanda
en pro¹⁵ del germen, del que ves cercarte
de veinticuatro plantas la guirlanda.

Luego, con celo unido á ciencia y arte,
se lanza (que el papal favor le asiste)
cual torrente que baja de alta parte.

Con las zarzas heréticas embiste;
y allí son sus esfuerzos más caudales¹⁶,
donde el ciego adversario más resiste.

Dél se forman después varios ramales
con que el huerto católico se riega,
por lo que están más vivos sus frutales.

Si el valor de una rueda¹⁷ á tanto llega
del carro en que luchó la Iglesia santa
que venció en la civil porfiada brega,

conocer puedes bien cuál se levanta
la bondad de la otra que elocuente,
antes de yo venir, Tomás decanta.

Mas la huella que imprime lo eminente
de su circunferencia está borrada:
ora es poso lo que antes transparente.

Y su grey, que pisando en su pisada
iba recta, hoy se mira tan derecha,
que punta con talón va de encontrada;

y pronto el mal cultivo la cosecha
llorará cuando la cizaña impía
vea que del arcón se la desecha.

Y no digo que acaso no hallaría,
quien todo el tomo hojeara, alguna carta¹⁸
do leyera: *Yo soy el que solía:*

mas Casal no ha de darla, ni Aguasparta:
los que vienen de allí nuestra escritura
uno la ensancha y otro la coarta.

Yo el alma soy de aquel Buenaventura¹⁹
de Bañoregio, que en excelso estado,
siempre pospuse la mundana cura.

Aquí están Agustín é Iluminado,
de los descalzos pobres los primeros
que á Dios bajo el cordón se han propiciado:

con Hugo de San Víctor, los luceros
de Pedro Comestor y Pedro Hispano²⁰,
que abajo en doce libros luce enteros.

Natán, profeta: el metropolitano
Crisóstomo²¹ y Anselmo²², y quien primera
arte enseñó, Donato²³ nuestro hermano:

Rabán²⁴ también está, y aquí á mi vera
el abate Joaquín el Calabreto²⁵,
en quien de revelar dón se venera.

Á que varón se admire tan completo,
me movió la excitada cortesía
de fray Tomás, y su decir discreto;
y el querer de esta acorde compañía.—

CANTO XIII

Se describe la danza de las dos guirnaldas de bienaventurados semejantes á veinticuatro de las más fúlgidas estrellas. Se cuenta cómo santo Tomás desvaneció lo otra duda del Poeta, explicándole en qué sentido había dicho que Salomón no tendría segundo en sabiduría; y que esto no comprendía ni á nuestro padre Adán, ni á Jesucristo, que necesariamente debieron ser perfectísimos, y concluye el Santo advirtiendo del peligro de los juicios precipitados.

Imaginar lo que ora vi le toca
al que entender bien quiera; y él procure
guardarlo, al decir yo, cual firme roca.

Quince estrellas fulgentes se figure
de las que hacen el cielo más ameno
con luz que en lo más denso entre y fulgure.

Figúrese aquel carro al cual el seno
basta de nuestro cielo noche y día,
sin salir dél en su girar sereno¹:

figúrese que el cuerno que desvía
sus dos puntas² al par del eje fuerte
que es del móvil primero centro y guía

de sí dos signos en el cielo vierte³,
cual Ariadna, vencida de amor ciego,
hizo al sentir el hielo de la muerte;

y que el uno del otro aumenta el fuego,
y ambos á dos convergen de manera
que uno empieza y el otro sigue luego,

y cuasi sombra habrá de la lumbrera
de la constelación y doble danza
que en torno á mí giraba de carrera.

Porque ella dista de la humana usanza,
cuanto el mover del Quiana humilde y llano
del del globo que en curso más avanza⁴.

Cantóse allí, no *Baco*, no *Pazano*⁵,
mas tres personas divas en natura,
y en una al par lo divo con lo humano.

Cumplieron danza y canto su medida,
y fijáronse en nos los fuegos vivos,
felicés de pasar á nueva cura.

Rompió el silencio en los concordes divos
luego la luz que á la admirable vida
de Francisco dió rasgos expresivos⁶.

—Cuando una parva (dijo) está molida,
y su simiente en los graneros puesta,
dulce amor á otra nueva me convida⁷.

Tú piensas que en el cuerpo del que presta
su costilla á animar la bella boca
de la que el paladar á todos cuesta⁸,

y en aquel que la ciega lanza toca,
y después y antes, peso fué colmado
que toda culpa en la balanza apoca⁹,

cuanta luz á la especie humana es dado
poseer, fué infundida toda entera
por el poder que á entrambos ha formado;

y así extrañaste mi aserción primera
de no haber otro de saber más hondo
que el que encierra la quinta gran lumbrera.

Atiende, pues, á lo que aquí respondo,
y tu creencia y lo que yo dijere
verás quedar cual centro en lo redondo.

Lo que morir no puede y lo que muere,
no es más que el esplendor de aquella idea
que del Señor, amando, el sér adquiere.

Que aquella luz que de su luz flamea,
sin que jamás su lumbrera se desuna
ni dél, ni del Amor que el terno crea,

por su bondad, como espejada, aduna
su fulgurar en nueve inteligencias¹⁰,
en sí quedando siempre eterna y una.

Luego baja á las últimas potencias,
y sus luces no es mucho así que amermen,
y hagan sólo dormidas existencias.

Y entiendo que son esas que se aduermen
las cosas engendradas que produce
el cielo en su girar, con ó sin germen.

De ellas la cera y lo que forma induce
no van al par, por eso en lo viviente,
ya más, ya menos, lo ideal reluce.

Y así una especie misma floreciente
da mejor ó peor fruta primera,
y vosotros nacéis con varia mente.

Si en perfecta sazón fuese la cera;
si el cielo en su virtud más levantada,
saldría el sello con pureza entera.

Mas natura la da siempre mermada,
á semejanza obrando del artista,
aunque experto, de mano ya cansada.

Si al contrario el ardiente amor la vista
en la virtud primera pone y sella,
el más completo todo allí se aquista.

De toda la animal perfección bella
así la tierra el beneficio gana:
así engendró la sin igual Doncella.

Conque ves que mi juicio al tuyo hermana,
de que nunca á ellos dos su semejante
ha dado, ni dará la especie humana.

Aquí, si no siguiera yo adelante,
¿pues cómo fué sin par aquel creado?
tu labio empezaría á breve instante.

Mas porque veas puro lo anublado,
piensa en quién es, y qué razón le induce
á su pedir, cuando pedir le han dado¹¹.

Que bien de mis palabras se deduce
que fué rey quien pidió la ciencia y horma
bastante al ejercer de sumo duce;

y no el saber que número da y norma
á esos globos de arriba, ó si *nesesse*
con su condicional *nesesse* forma¹²;

y no *si est dare primum motum esse*;
ó si del medio cerco hacer podría
triángulo que un recto no tuviese.

Si anotas esto y lo que allá decía,
verás que *ciencia regia* son los caros
fulgores do va á dar la flecha mía.

Y si al *no habrá* los ojos alzas claros,
verás que á reyes sólo en eso nuestro;
que si bien muchos son, los buenos raros.

Con esta distinción podrás más diestro
tu juicio conciliar con el que asomo
del primer padre y del Amado¹³ nuestro.

Y esto sirva á tus pies siempre de plomo
que te haga lento andar, cual hombre laso,
al *sí* y al *no*, del que no ves el *cómo*.

Que entre captos de mente, el más escaso
es el que, sin *distingo*, afirma ó niega
lo mismo un hecho que el opuesto caso.

Porque ocurre que muchas veces llega
juicio precipitado á falsa parte,
y amor propio después la mente anega;

y otras también: que á quien á golfo parte
á pescar la verdad, más se le esconde,
y peor vuelve, porque ignora el arte;

y ejemplo fiel que á mi verdad responde,
Parménides¹⁴, Meliso y Briso han sido,
y otros que andaban sin saber adónde;

y Arrio y Sabelio, y muchos que han herido
(¡los necios!) como espada, en la Escritura,
lo derecho trocándolo en torcido.

No la gente juzgar debe segura
de lo que bien no ve, cual quien estima
en el campo la mies aun no madura;

que yo vide gavanzo, que da grima
todo el invierno por lo bronco y yerto,
de rosas luego coronar su cima.

Y barco vi sulcar veloz y experto
de la vencida mar por el camino,
y al fin perderse al embocar del puerto.

No se crean ña Berta y ñor Martino¹⁵,
porque ven á uno dar y á otro embolsarse,
de ambos el fallo penetrar divino;
que aquél puede caer, y éste elevarse.—

CANTO XIV

Sube el Poeta al quinto cielo, que es el de Marte. Al través del planeta, en la extensión de dos fajas luminosas en forma de cruz, van apareciendo, entre admirables cánticos, las almas de los que derramaron su sangre por la fe, ó al menos combatiéron por Cristo y por la Iglesia.

Del centro al borde, y desde el borde al centro¹,
va y viene el agua en el redondo vaso,
según de afuera muévese, ó de adentro.

Esta idea en mi mente vino al caso,
cuando el espíritu de Tomás vivace,
con su silencio al meditar dió paso;

por la similitud que en breve nace,
al sonar los acentos de Beatrice,
á quien luego empezar así le place:

—Éste há bien menester (y no os lo dice,
ni aun siquiera en sus mientes aparece)
que otra verdad la expuesta patentice.

Decidle si la luz de que florece
nuestra substancia, siempre inextinguible
conservaréis, cual ora os acontece.

Y si es así, cuando con faz visible
resucitéis, decidle, en ese día
cómo os será sin pena el ver posible².—

Cual los que en rueda bailan, de alegría
mayor cediendo á veces al encanto,
de voz y acción aumentan la energía,

así más gozo el doble cerco santo
mostró, á la dulce súplica sincera,
en su girar y en su admirable canto.

Quien se lamenta de que acá se muera
para vivir arriba, no concibe
que aquí una lluvia eterna refrigera.

El uno y dos y tres que siempre vive,
y siempre reina en tres y dos y uno,
y, no conscrito, á todo circunscribe³,

cantado veces tres por cada uno
de esos espirtus fué, con melodía
que fuera á gran virtud premio oportuno.

Y escuché yo en la luz de mayor día⁴,
del más pequeño cerco voz modesta,
quizá cual la del ángel á María,

responder: *Mientras dure la gran fiesta
del Paraíso, nuestro amor ferviente
vestirános en torno la luz ésta.*

*Sigue al ardor su claridad fulgente,
y el ardor sigue á la visión, que es cuanta
la gracia que al valer suyo se aumente⁵.*

*Y cuando la gloriosa carne y santa
nos vuelva á revestir, nuestra persona
más placera, completa, en gloria tanta.*

*Porque se acrecerá lo que nos dona
de luz gratuita el que en su amor nos tiene.
Luz que á su sér el nuestro acondiciona;*

*con que aumentarse la visión conviene,
y el ardor aumentarse que esa inflama,
y aumentarse el fulgor que de éste viene.*

*Mas así cual carbón que expide llama,
la cual no le confunde brilladora,
que es mayor del tizón la viva trama;*

*así esta luz que en torno nos decora,
vencida habrá de ser al adornarnos
la carne que la tierra guarda ahora.*

*Ni podrá fulgor tanto fatigarnos;
que los corpóreos órganos, expertos
serán á cuanto pueda deleitarnos.*

Y aquí me pareció que tan despiertos
en un *amén* los coros prorrumpiesen,
que vi su anhelo por sus cuerpos muertos.

Y quizá no por ellos lo sintiesen:
por madre y padre, y tanta prenda cara,
antes que luces sempiternas fuesen.

En esto un brillo mi atención repara,
por cima y de igual luz del que allí era,
á modo de horizonte que se aclara;

y así como al caer sombra primera,
ves una estrella y otra ir asomando,
y aun dudas de si es falsa ó verdadera⁶,

parecióme que así se iban mostrando
nuevos faros, que van por fuera, asidos
de los otros dos círculos girando.

¡Oh del Espirtu Santo desprendidos
veros rayos, cuán pronto luz candente
dais á mis ojos que dejáis vencidos!

Pero Beatriz, tan bella y tan riente
se me mostró, que cuanto vi, memoria
ya ninguna dejar pudo en mi mente.

De aquí mis ojos la virtud visoria
á disfrutar volvieron, y ascendido
vime con ella sólo á mayor gloria⁷;

y conocí que había aún más subido,
por el fulgor intenso de la estrella,
que vi rojear con fuego aun no sabido.

Con todo el corazón y el habla bella
una en todos, á Dios hice holocausto,
cual tocaba á la nueva gracia aquella;

y aun no el fervor del sacrificio exhausto
era en mí, ya mis ruegos eficaces
vi acogidos en modo acepto y fausto;

pues en medio á dos rayos tan vivaces
se me mostraron rojos esplendores,
que dije: ¡Elión⁸ bendito que tal haces!

Cual distinta de grandes y menores
chispas, entre los polos luz reparte
Galasia⁹, confundiendo á sabidores,

así esos rayos en mitad de Marte
constelados, el signo santo hacían
que un cerco en cuatro iguales trozos parte.

Aquí ingenio y memoria no se alían;
pues tal en esa Cruz flameaba *Cristo*,
que mis versos decirlo mal podrían.

Mas quien carga su Cruz y sigue á *Cristo*,
disculpará lo que omitió mi rima,
viendo en tal árbol centellar á *Cristo*.

De brazo á brazo, y desde el pie á la cima
corrían luces, con vigor brillando
al juntarse ó pasarse por encima.

Así se ven acá, siempre cambiando,
rectos, torcidos, tarda ó velozmente,
átomos de los cuerpos divagando

por el rayo, que á veces cruza ardiente
la sombra que con genio y arte agencia,
por defenderse del calor, la gente¹⁰.

Y como jiga¹¹ y arpa hacen cadencia,
con bien templadas cuerdas, que recaba
la atención, aun de aquél nulo á la ciencia;

así de entre el fulgor que allí radiaba,
por la Cruz melodía tal se extiende,
que, sin saber el himno, me extasiaba.

Que es glorioso, mi mente bien comprende,
 porque *Risurgi e vinci*¹² á mí venía
 como suele á mortal que oye y no entiende.

Y aquello á tanto gusto me movía,
 que hasta entonces jamás ninguna cosa
 ató con más dulzura á el alma mía.

Mucho es quizá lo que mi labio hoy osa
 al preferirlo al de los ojos bellos
 do mirando mi anhelo se reposa.

Mas quien conozca que sus vivos sellos
 según se sube más al cielo exulta,
 y que aun yo no me había vuelto á aquellos,

perdone el yerro que mi voz no oculta,
 viendo que la verdad sólo procuro;
 que aquí no el santo gozo pleno abulta,
 pues que, subiendo más, es aun más puro.

CANTO XV

Cachagüida, trasabuelo del Poeta, le habla de la genealogía de su familia y de las antiguas costumbres de Florencia, tan nobles como humildes y sencillas; y acaba diciéndole que él murió combatiendo en la segunda cruzada por la fe de Jesucristo.

Benigna voluntad en que patente
 se hace siempre el amor que recto inspira,
 como en el malo, el gusto delincuente,

hizo callar á aquella duce lira,
 y que las cuerdas santas no se oyeran
 que la mano de Dios afloja y tira¹.

¿Cómo á súplicas justas sordas fueran
 las mismas almas que, por darme paso
 á demandar á un tiempo enmudecieran?

Justo es que llore sin sosiego el laso
 que por amor de cosa que no dura,
 de aquel eterno amor se aparta el vaso.

Cual por la esfera azul tranquila y pura,
 á veces raudo fuego el aire embiste,
 que atrae á sí la vista antes segura,

y astro que muda sitio le creíste,
sino que por la parte de do asciende
ninguno falta, y él poco subsiste,

tal desde el brazo que á la diestra extiende
la cruz, hasta su planta corrió un astro²
de la constelación que en ella esplende;

y recorrió el diamante el puro rastro,
sin salir de sus dos fajas igneas,
asemejando luz tras de alabastro.

Tal se mostró en las faldas eliseas,
si no mintió nuestra más grande musa,
Anquises al hallar á su hijo Eneas.

*O sanguis meus, o super infusa³
gratia Dei! Sicut tibi, cui
bis unquam cæli janua reclusa²*

Así diciendo esa alma, á ella volví
la vista, y luego á mi celeste guía,
y quedé estupefacto aquí y allí.

Que en sus ojos tal gozo relucía,
que al fondo con los míos ir pensaba
del Paraíso y de la gloria mía.

Después (y en habla y vista enamoraba)
cosas añadió el alma placentera
que no entendí, pues tan profundo hablaba

y no obscuro me fué porque él quisiera,
que fué necesidad; que aquel perfecto
pensar, del hombre al concebir supera.

Mas cuando el arco del ardiente afecto
tal desahogóse que bajó el sentido
hasta en el blanco á dar de mi intelecto⁴,

lo primero esto fué por mí entendido:
—Bendito tú mil veces trino y uno,
que con mi estirpe tan benigno has sido.—

Y luego:—Al que empecé gustoso ayuno⁵,
en el volumen al leer no estrecho
do nunca se tachó rasgo ninguno,

en este cielo, hijo, has satisfecho
en que estamos, merced al que la pluma
te concedió para volar tal trecho.

Tú crees que tu pensar á mí rezuma
del que es Primero, de la misma laya
que cinco y seis de la unidad son suma.

Y por eso quién sea y por qué vaya
no me preguntas ante ti risueño
más que otra lumbre de la turba gaya.

Y crés bien; que en la vida aquí halagüena,
el grande y el menor mira al espejo
que antes que pienses, tu pensar ya enseña.

Mas porque el ansia dulce que no alejo
nunca de mí, mejor quede colmada,
y el sacro amor porque velar no dejo,

ora en tu voz segura, alegre, osada,
suene el deseo, y la pregunta asome
á que ya mi respuesta está dictada.—

Yo á Beatriz me volví, y ella entendióme
antes que hablara, y me señó con risa
que del querer las alas acrecióme.

Luego dije:—En vosotros fué divisa,
así que visteis la Igualdad primera,
ciencia y amor con paridad precisa;

porque en el sol, que luminar y hoguera
os dió calor y luz, son tan iguales,
que nunca identidad tanta existiera.

Mas voluntad y ciencia en los mortales,
por razón de vosotros bien sabida,
son, al volar, de fuerzas desiguales.

Yo, pues, mortal, la desigual cabida
siento, y sólo del alma interno espacio
doy á la paternal dulce acogida.

Y te suplico á ti, vivaz topacio
que esta joya bellísima endiamantas,
que de tu nombre y sér me dejes sacio.

—¡Oh fronda mía, que esperanzas tantas
gozar me hiciste! Tu raíz yo he sido.—
Así empezó, rompiendo en voces santas.

Y siguió luego:—Aquel de que ha nacido
tu cognación⁶, que el monte y primer suelo
por cien años y más ha recorrido,

fué mi hijo, y él fué tu bisabuelo:
justo será que de su carga un día
le abrevies con tu obrar el desconsuelo.

Florenzia en el redil que antes tenía⁸,
y desde el cual aun oye tertia y nona,
sobria y púdicamente en paz vivía.

No usaban gargantilla ni corona
sus damas, ni Contigia⁹, ni cintura
atrayentes aun más que la persona.

Aun no al padre el nacer daba pavura
de una hija: que el dote y la edad era
de acá y de allá cumplido con mesura.

Aun casa sin familia no se viera¹⁰:
ni vino Sardanápalo¹¹ á ofrecerle
al lujo cuanto en cámaras cupiera;

ni á Montemalo aun vino á excederle
Ucelatoyo¹², que cual le ha vencido
en subir, en bajar ha de vencerle.

Yo entonces á Belinchón¹³ salir ceñido
vi de cuero y de hueso, y á su esposa
del tocador, el rostro no teñido.

Y á los Vequios y Nerlis¹⁴ era hermosa
la piel que lisa les vestía el pecho¹⁵,
y á sus hembras la rueca timbre hermosa.

¡Oh bienhadadas! cada cual el trecho
de su tumba sabía, y aun ninguna
solitaria, por Francia, entró en el lecho¹⁶.

Velaba al pie de sus amores una,
y arrullándole usaba aquel idioma,
de padre y madre la mejor fortuna¹⁷.

Otra, mientras á la rueca crines toma,
con su familia hablaba un dulce rato
del Troyano, de Fiésolo, de Roma.

Era buscar entonces más ingrato
una Cangüela, un Lapo Salterelo¹⁸,
que hoy día una Cornelia, un Cincinato.

A estado tan tranquilo y tan sin duelo,
entre gente á morar tan elegida,
de María el favor envióme al suelo,

del ruego y grito maternal movida¹⁹;
y en vuestra antigua Pila bendecido,
á un tiempo fuí cristiano y Cachagiüida.

Mis hermanos Morón y Eliso han sido:
mi mujer vino á mí de Val de Pado,
y se formó de aquí vuestro apellido.

Seguí luego la enseña de Conrado,
y él me armó caballero en su milicia:
¡tanto por bien obrar gané su agrado!

A combatir seguíle la nequicia
de la ímpia grey que (por pastor inerte)
os roba lo que es vuestro de justicia²⁰.

Allí fuí yo, de aquella por la suerte,
arrancado del mundo y su delirio,
cuyo amor tantas ánimas pervierte;
y aquí vine á esta paz desde el martirio.—

CANTO XVI

Preguntado por su nieto, habla Caciagiüida de la condición de Florencia en su tiempo: del número de sus habitantes, no mezclados aún con los del Comitado, y de las familias más notables que había entonces en la ciudad.

¡Oh de sangre nobleza nuestra escasa!
que hagas de ti gloriarse al que enflaquece
abajo voluntad fluctuante y lasa,

causa de maravilla no me ofrece;
que acá do el bien sentir jamás se altera,
también de ti mi espiрту se envanece.

Capa eres tú que encógese ligera:
si no se va añadiendo cada día,
la remata del tiempo la tijera.

Con el *Vos*¹, que introdujo, y de que guía
fué el romano, y después dejó de usallo,
empezó entonces la palabra mía.

Y Beatriz, algo aparte, celebrallo
mostró, cual la doncella sonriente,
que tosió de Ginebra² al primer fallo.

Y yo:—Vos sois mi padre (iba siguiendo);
vos me dais para hablar valor creciente:
ya mayor del que soy me voy sintiendo;

y de alegría llénase mi mente
por tantos ríos, que de sí se encanta,
pues capaz de ellos sin saltar se siente.

Decidme, pues, mi cara primer planta,
quién fueron vuestros abos, y los años
en que la infancia vuestra se adelanta.

Cuántos eran, decidme, los rebaños
entonces de san Juan, y entre los cientos,
quiénes más dignos de ínclitos escaños³.—

Como se aviva al soplo de los vientos
en la llama el carbón, tal vide aquella
luz brillar á mis plácidos acentos.

Y así cual se mostraba á mí más bella,
así su voz más cándida y suäve,
sin seguir del moderno hablar la huella⁴,

fué:—Desde el día en que se dijo el *Ave*
hasta soltar mi madre (santa ahora)
la carga de mi sér, ya entonces grave,

ciento cincuenta veces se avalora
con tres más este globo rutilando,
á los pies del león que le colora⁵.

Nacimos yo y mis abos en el blando
sitio en que halla primero el postrer sesto,
quien vuestro juego anual va ejercitando⁶.

De mis pasados suficiente es esto:
quiénes fueron, de dónde procedieran,
más que hablarlo, callarlo juzgo honesto.

Todos cuantos llevar armas pudieran
entonces entre Marte y el Bautista⁷,
un quinto de los que hoy apenas eran.

Mas la ciudadanía, que ora es mista
del Campio, del Certaldo y del Figuino⁸,
pura ostentaba hasta el más bajo artista.

¡Cuánto fuera mejor que por vecino
tuvierais á los tres, y que lindante
os fueran el Trespiano y Gallusino,

que adentro los tener, y al repugnante
villano oler del Aguillón ó Signa,
de ojo para estafar tan penetrante!⁹

Si en la grey cada día menos digna¹⁰,
el César no madrastra hubiera hallado,
sino madre que al hijo ve benigna,

el que hoy en florentino se ha trocado,
y en mercader, volviera á Semifontes¹¹
allí donde su abuelo ha mendigado;

y aun fuera Montemurlo¹² de los Contes:
vivirían los Cerquios en su Ancona¹³,
y en Valgreba tal vez los Buondelmontes¹⁴.

Siempre de así mezclar tanta persona
la ciudad sus dolencias ve empezadas
como el cuerpo del pasto que amontona;

y antes cae ciego padre en las toradas,
que ciego recental, y á veces una,
corta más y mejor que cinco espadas.

Si observas bien como Urbisalla y Luna
se fueron, y se trueca en heredades
de Sinigalla y Cluso la fortuna¹⁵,

que se acaben familias y hermandades
por cosa no tendrás desconocida,
pues que término tienen las ciudades.

A vuestras cosas todas hay medida
duración; si en alguna no se advierte,
es porque es larga, y corta vuestra vida.

Y como al giro de la luna, vierte
su flujo el mar que aplánase ó abulta,
de Florencia se agita así la suerte.

Por ende, cosa extraña no resulta
lo que diré de grandes florencianos
cuya fama en el tiempo yace oculta.

Yo vi los Hugos, Grecios, Catelanos,
los Filipis, Ormanis y Albergios,
ya en su declive, insignes ciudadanos.

Y, aunque ancianos, gozar altos prestigios
á los Sanela vi y á los del Arca,
Soldanieros, y Ardingos, y Bostigios¹⁶.

Y allende de la puerta¹⁷, que ora abarca
nuevo peso de infamia, tan cumplido
que hará bien pronto naufragar la barca,

los Raviñanos vi de que han salido
el conde Güido, y tantos á quien toca
de Belinchón el nombre esclarecido.

Ciencia sabía de mandar no poca
el de Presa; y tenía Galigayo
en su casa dorados guarda y coca¹⁸.

La columna era grande ya del *Vayo*¹⁹:
Saquios, Yoquis, Sifantes y Barucios,
Bari, y los hoy tachados del Estayo²⁰,

y la cepa, raíz de los Calfucios,
eran grandes también; y ya en los lechos
curules vi á los Sicios y Arrigucios.

¡Oh cómo eran entonces los desechos
hoy por su orgullo²¹, y cuál las bolas de oro
á Florencia enfloraban con sus hechos!

Ese de los abuelos fué el decoro
de éstos, que siempre que la Iglesia vaca,
juntos van á engordarse al Consistoro²².

La vana grey²³ que cual dragón ataca
al que va huyendo, y al que enseña el diente
ó la bolsa, cordero se le aplaca,

crecía ya: mas desde humilde fuente;
y así no plugo al Ubertín Donato
que le hiciera su suegro su pariente.

Bajado ya de Fiésolo á Mercato
los Camponsaco habían, y ya era
buen ciudadano el Inda, el Infangato.

Y diré cosa rara y verdadera:
por puerta en el redil breve se entraba
á que daban su nombre los de Pera²⁴.

Todo aquel que el blasón breve ostentaba
del gran Barón cuyo renombre regio
de Tomás en la fiesta se exultaba,

recibió de él nobleza y privilegio;
y ora de unirse al pueblo se glorían
aunque orlan en redor su escudo egregio²⁵.

Gualderoti, Importuni ya existían;
y si no entrara en él vecino tanto,
los del Borgo²⁶ en sosiego aun vivirían.

La casa que dió asunto á vuestro llanto
y al odio justo que os movió en el seno,
y una vida os quitó tan sin quebranto,

era y su parentado de honor lleno.
¡Oh Buendelmonte²⁷, y cuánto mal hicistes
tú con tus bodas por influjo ajeno!

¡Qué de alegres verías que hoy son tristes,
si te hubiera el Señor lanzado al Ema²⁸
la primer vez que á la ciudad vinistes!

Mas tocaba á Florencia, su anatema
cumpliendo ante el peñón que guarda el puente
víctima hacerte de su paz ya extrema²⁹.

Con éstos y con otra digna gente
vi á la ciudad, en plácido acomodo,
no tener mal á que doblar la frente.

Con éstos la vi yo tan digna en todo,
tan feliz, que en su vara el lirio viejo
no ostentaba su flor de inverso modo,
ni lo había el rencor vuelto bermejo³⁰.